

GRAVE PREOCUPACION TRAS EL PRIMER AÑO DE LA PRESIDENCIA DE

DUARTE

El primero de junio se cumplió el primer año de la gestión presidencial de Duarte. Es el primer presidente civil elegido directamente y por mayoría absoluta tras más de cincuenta años de mandatarios impuestos desde los cuarteles. Aunque la validez de la elección está limitada por el estado de guerra civil, se trata de una situación nueva en El Salvador, de la que pudieran esperarse algunos resultados positivos. Tras un año de vigilante espera, creemos llegado el momento de hacer un primer balance global. No es que un año sea suficiente para determinar lo que pueda dar de sí una gestión presidencial de cinco, pero es suficiente para determinar en qué dirección marcha el gobierno y para comprobar sus tendencias. Ambas cosas deben ser analizadas muy cuidadosamente, porque estos cuatro años restantes y, sobre todo, el estado actual de los problemas salvadoreños son de tal trascendencia, que ameritan el máximo cuidado y la cooperación de todos, pues de lo contrario nos hundiremos más y dificultaremos incalculablemente el salir de una situación que objetivamente ha de estimarse como dramática y aun como agónica para la nación. Y esto es lo que pretendemos hacer con este editorial, no pontificando sino trayendo ante los ojos de nuestros lectores algunos puntos de meditación que no pueden soslayarse. No es poco lo que está en juego y no es, por tanto, pequeña la responsabilidad de quienes están en capacidad de contribuir a esclarecer las cosas sin más interés ni intención que la de ayudar a recorrer caminos mejores junto con un pueblo que no acaba de tener los gobernantes que merece ni los planteamientos políticos que necesita.

Pretendemos ser objetivos y por ese habremos de recurrir más a las obras



..

que a las palabras. más a las realizaciones que a las intenciones. En la propaganda política importan mucho las palabras y en la conducta de las personas importan mucho las intenciones, pero lo que importa en la historia son las realizaciones tomadas eso sí en toda su complejidad procesual y estructural. Vayamos pues a ello.

No es la primera vez que el presidente Duarte está al frente del gobierno. Fue elemento importante en la Junta de Gobierno desde marzo de 1980 y para finales de ese año era ya presidente de dicha Junta, una vez que de ella se retirara el coronel Majano por no estar de acuerdo con la pasividad reinante frente al hecho masivo de la represión. No está de más recordar ahora la posición de Duarte en los años más trágicos de la historia salvadoreña, cuando los asesinatos políticos por fuerzas gubernamentales y paragubernamentales sobrepasó la cifra de veinticinco mil, incluidos los casos de Monseñor Romero (24 de marzo 1980) y la dirigencia política del FDR (28 de noviembre 1980). La imposibilidad de impedir estos hechos y la inacción para condenarlos se justificó entonces en razón del poco poder que tenían Duarte y el PDC en la estructura gubernamental por haber llegado a ella en virtud de un pacto con la Fuerza Armada y no por voluntad popular. Hoy, se dice, las cosas son distintas pues Duarte y su partido habrían llegado al poder con un fuerte respaldo popular y con toda la autoridad que les da la constitución salvadoreña. Las disculpas y las exculpaciones no tendrán ya fuerza, si es que la tuvieron en aquellos años tenebrosos y sanguinarios. Pero no deben olvidarse dos cosas: una, de lo que se es capaz de hacer y/o tolerar con el pretexto de que "sin mí las cosas irían a peor"; otra de que en el año actual no se ha hecho nada serio para pedir responsabilidades sobre esos miles de asesinatos pasados, que

dejan absoluta y relativamente muy en segundo plano los cometidos por los gobiernos militares argentinos, a los cuales el nuevo presidente constitucional sí los ha sentado en el banquillo de la justicia, demostrando con ello que tiene autoridad y poder y que está dispuesto a arriesgarlo. El que en El Salvador estamos en estado de guerra puede servir de pretexto para no llevar las investigaciones a fondo, pero el reconocerlo así es indicio de quién son los responsables, si no personalmente, al menos institucionalmente. Lo poco que se ha llevado a cabo por vía de hecho, pero no, como es debido, por vía de derecho, no es suficiente para establecer un procedimiento que diera seguridad jurídica y política a los salvadoreños.

Este es ya un punto grave que debe apuntarse en el debe del primer año del gobierno de Duarte. Pero sobre todo es un punto que muestra los límites de lo que puede hacer Duarte y su gobierno. Por eso hay que preguntarse inicialmente quién gobierna en El Salvador, quién tiene más en sus manos el poder político en El Salvador. Sería ingenuo pensar que lo tiene Duarte o que lo tiene en medida decisiva.

1. ¿Quién gobierna en El Salvador?

Al juzgar el primer año de presidencia democristiana se caería en un gran error, si se pensara que es el presidente quien dirige últimamente la marcha política del país y que, por tanto, es a él a quien deben atribuirse las responsabilidades últimas. No es esto así. Puede decirse que Duarte y su gobierno llevan la gerencia política de la planificación que se ha impuesto a El Salvador, pero no es el autor principal de esa planificación; es el agente que la ejecuta y el actor que la representa, pero no es el au



..

tor principal, aunque lo pueda ser de partes del plan. Lo venimos repitiendo desde las elecciones de 1982. Las elecciones dan el poder formal y con él una cierta cuota de poder real, pero no proporcionan el poder que al presidente atribuye la constitución. Esto que es evidente en la historia del país, lo sigue siendo en la actualidad. Han podido cambiar los amos y los que tienen el poder, sobre todo los que aparecen como amos, pero sigue sin estar en manos del poder civil la capacidad de gobernar con un respetable margen de autonomía. El presidente y su partido insisten en que este gobierno sí gobierna, pero el análisis de los hechos demuestra que es el supragobierno de la administración Reagan quien realmente supragobierna en El Salvador. Esto mismo ocurre en otros países, centroamericanos y no centroamericanos, pero en el caso de El Salvador de un modo especial. Cuando se gobierna al dictado de un supragobierno, no es que no se gobierne; lo que pasa es que se gobierna a beneficio último de quien supragobierna.

Supragobernaba antes en El Salvador la oligarquía salvadoreña y gobernaba la institución militar. Hoy han cambiado las cosas. Supragobierna la administración Reagan y gobierna la democracia cristiana. Supone esto un cambio e incluso puede admitirse, no sin reservas, que este cambio es favorable para los intereses populares. Pero esta situación es real y es, desde un punto de vista nacionalista, insostenible. Así tenemos que la marcha y el propósito de la guerra no sólo están posibilitados sino que orientados y dirigidos por los intereses de la seguridad nacional norteamericana, tal como la entiende la administración Reagan; la economía del país está artificialmente sostenida por la ayuda de Estados Unidos, lo cual no sô



lo tiene costos financieros a futuro sino que tiene costos políticos al presente; la línea socio-político-económica se lleva con el apoyo explícito y con la dirección concomitante de la embajada norteamericana; la política internacional es de total plegamiento a los dictámenes del departamento de Estado, como se refleja en las votaciones de las Naciones Unidas, pero sobre todo en lo que atañe a Nicaragua, como en el caso último del embargo, en el que El Salvador se ha quedado sólo en la defensa de Reagan, ajeno al resto de países latinoamericanos; igualmente en el laborioso proceso de Contadora, la posición de El Salvador, junto con la de Honduras y Costa Rica, otros dos clientes obsequiosos de la administración Reagan, es la de Estados Unidos. La subsistencia misma del gobierno de Duarte, su permanencia en el poder, está supeditada a la ayuda norteamericana y esta ayuda no se da sin contrapartidas equivalentes: a un máximo de ayuda un máximo de dependencia.

Toda esta ayuda se da, no porque en El Salvador haya graves problemas internos sociales y políticos. Se da porque en El Salvador ha decidido Estados Unidos y su actual administración jugar fuerte, más fuerte que en cualquier otra parte de América Latina, porque ha visto el peligro de que sin esa intervención pudiera instalarse un gobierno revolucionario, que estima sería marxista-leninista y des-alienado de Estados Unidos. El Salvador, en razón de ese peligro y en razón de la cobertura democrática que ofrece el gobierno democristiano, se ha convertido en el eje principal de la política norteamericana para todo el istmo centroamericano.

Si tenemos en cuenta esta perspectiva, puede decirse que el gobierno de Duarte ha desempeñado bien su función en su primer año presidencial, por-



que los intereses norteamericanos se han ido consolidando y su proyecto para el país se ha ido imponiendo. Ese proyecto consiste en lo sustancial en contener primero y derrotar después a los movimientos revolucionario ofreciendo en contrapartida avances en la democratización del país, alentados en lo que puedan tener de debilitamiento de los frentes revolucionarios y controlados en lo que puedan tener de robustecimiento del movimiento popular. Es posible que Duarte y los suyos piensen que el proyecto norteamericano es el mejor posible para El Salvador y para toda Centroamérica y que, en ese sentido, su sumisión sea voluntaria y racional. Es posible incluso que Duarte y los suyos introduzcan matices nacionalistas en ese proyecto que fundamentalmente no es salvadoreño. Pero el hecho inconcuso es que se da una casi total sumisión práctica en lo fundamental, por más que presuntuosa o paternalísticamente, según sea el gobierno salvadoreño o el norteamericano quien lo afirme, se hable de alianza entre los dos países. El gobierno de Duarte funciona con el supuesto de que es inviable, si no apoya el plan norteamericano para El Salvador y Centroamérica. Desde este punto de vista sí gobierna y con bastante éxito pues ha colaborado muy eficazmente a que se vaya afianzando el proyecto norteamericano.

Así lo reconoce indirectamente el embajador Pickering en su discurso de despedida. Efectivamente en ese discurso ve los siguientes aspectos positivos en la nueva situación salvadoreña: a) "los militares salvadoreños han mantenido la iniciativa por 17 meses y tienen un record creciente de operaciones exitosas..."; b) se ha alcanzado "el gobierno más representativo y más democrático que (El Salvador) ha conocido jamás" y se ha mejorado



en el respeto de los derechos humanos pues se ha pasado de un promedio de 750 civiles muertos cada mes en 1980 a 29 civiles por mes en los tres primeros meses de 1985; c) "en la región, El Salvador ha sido un vigoroso participante en el proceso de Contadora, buscando medios verificables para el establecimiento de un balance militar, de una democracia pluralista y del progreso económico". Como aspectos negativos se señalan: a) "la economía aún presenta un panorama difícil y desdichado. Con toda honestidad, sólo puede decirles que hoy está menos mal que cuando yo llegué. 1983 vio el final de una larga declinación; 1984 trajo un crecimiento modesto; y las perspectivas para 1985 son aún mejores"; b) "queda mucho por hacer en la reforma judicial pues el sistema judicial salvadoreño deja mucho que desear". Es decir van bien los aspectos que más convienen a Estados Unidos: la marcha de la guerra, la apariencia de un régimen democrático que permita la ayuda militar norteamericana para profundizar la guerra, el plegamiento de El Salvador a Estados Unidos en la cuestión de Contadora. Van mal los aspectos que afectan directamente a El Salvador: se profundiza la guerra, la economía que afecta a todo el país está en situación desdichada y el poder judicial no posibilita el que se haga justicia en El Salvador. Lo que se dice de los derechos humanos sería positivo, si fuera real, lo cual, como se demostrará en un artículo específico dedicado al tema en este mismo número de la revista, no lo es. Por otra parte, el diálogo ha quedado estancado, lo cual es atribuido por el embajador norteamericano a la guerrilla, pero esta atribución tampoco es objetiva, como se demostrará en el artículo pertinente. En conclusión no van mal los intereses norteamericanos en El Salvador, pero no van bien, ni mucho menos, los intereses salvadoreños. El gobierno de Duarte ha sido más eficaz en gerenciar los intereses norteamericanos que en gerenciar los intereses salvadoreños. Cuando estos coin

..

ciden con aquellos, van a mejor; cuando no coinciden se estancan o van a peor.

Nada de esto debe extrañar por cuanto es Estados Unidos el gran financiador de lo que pudiera denominarse el presupuesto extraordinario de El Salvador. Sólo en ayuda gubernamental la administración Reagan contribuye diariamente con un millón doscientos mil dólares para financiar lo que es de interés norteamericano se haga en El Salvador. Por eso tampoco es de extrañar que Duarte se haya pasado casi un mes entero durante su primer año de mandato en tierras norteamericanas en entrevistas permanentes con sus gobernantes, porque de los designios de la administración Reagan y del congreso norteamericano depende en una medida determinante lo que se puede hacer en El Salvador.

Todo ello lleva a la pregunta de si el gobierno de Duarte puede tener una política propia no impuesta desde fuera. Aunque la respuesta no puede ser tajante de tal forma que no admitiera más que un sí o un no, puede ser modulada diciendo que más bien no, pues su poder es limitado y su dependencia es demasiado grande. Tiene más poder que el que tenía en el período 1980-1982, pero no el suficiente para plantearse el problema y la solución de El Salvador desde una perspectiva predominantemente salvadoreña. Más poder que él tiene la presencia norteamericana en El Salvador; más poder tiene la Fuerza Armada que no está alineada totalmente con el gobierno; más poder que él tiene el movimiento revolucionario; y tanto poder como él, si no más, tiene el capital salvadoreño, hoy frenado en sus alianzas tradicionales y en sus prácticas habituales por el poder de los



Estados Unidos. El presidente Duarte no cuenta con el poder que le atribuye formalmente la constitución y no puede gobernar más que dentro de los márgenes que le dejan los otros poderes, cuya influencia se deja sentir de formas distintas. Podrán haber sido las elecciones de 1984 las más democráticas de toda nuestra fragil historia electoral, pero no por ello son capaces de dar al gobernante elegido la capacidad de llevar adelante lo que sería el reclamo de la voluntad popular. Desde esta perspectiva de su relativo poder hay que examinar lo que Duarte ha hecho durante su primer año presidencial y lo que ha dejado de hacer, lo que ha hecho bien y lo que ha hecho mal.

El poder norteamericano no es, sin embargo, absoluto ni es en todas sus pretensiones maligno para El Salvador. Aspectos como los de la democratización, la mejora de los derechos humanos, la purificación y robustecimiento del poder judicial, la ayuda económica, etc., son en sí buenos y pueden ser utilizados en favor del pueblo salvadoreño. Asimismo el que ese poder no sea absolutamente determinante permite reobrar sobre él y condicionar algunas de sus exigencias. Se dice que en problemas, como el de la devaluación del colón o como el del sometimiento a las políticas del FMI, el gobierno democristiano resiste en alguna medida a las presiones norteamericanas. Todo ello indica que al gobierno de Duarte le queda un cierto margen de poder y de responsabilidad, que deben ser enjuiciados tras su primer año de gobierno.

2. Brecha entre los propósitos y las realizaciones

La democracia cristiana ha venido durante más de veinte años proponiendo soluciones para el país que significaran avances profundos en la consecución



de una mayor justicia social y de una profunda democratización del país. Tras su llegada al poder hizo planteamientos generales, cuyo análisis se lleva a cabo en uno de los artículos de este mismo número de la revista. Pero para sopesar hasta qué punto ha habido logros después de un año de gestión presidencial, puede ser oportuno partir de la valoración que el presidente mismo ha hecho de esa gestión en su discurso del primero de ju nio. Cinco puntos principales en los que el presidente supone ha logrado grandes avances son los elegidos por él a la hora de valorar su gestión: a) humanización del conflicto; b) pacificación; c) democratización; d) participación; e) reactivación económica. Son en sí importantes y real mente pertinentes para la mejora del país. Examinemos lo que dice el presi dente y lo que dice la realidad.

a) La humanización del conflicto la fundamenta el presidente en que ha for talecido a la institución armada, "volviéndola más técnica y profesional en su apoyo a nuestros esfuerzos por la paz". La ha dotado de instructivos "que norman los sistemas de operación". Con la creación del vice-mi-nistro de Seguridad Pública se han logrado resultados como el de la "elimi nación del personal indeseable". Se ha aceptado el reto de humanizar la guerra, aun cuando los alzados en armas siguen prácticas inhumanas. Asimismo se trabaja en la promoción de los derechos humanos, prueba de lo cual es que "hemos perseguido implacablemente las actividades criminales de los escuadrones de la muerte", mientras se hacen esfuerzos por mejorar el régimen de justicia.

La realidad nos dice cosas muy distintas. Ya la propia formulación presi dencial de lo que ha de entenderse por humanización de la guerra deja mu-



cho que desear. Bien está que se normen los sistemas de operación y que se profesionalice a la institución armada, que se hagan reglamentos reguladores de la actividad de los cuerpos de seguridad, eliminando de ellos al personal indeseable, y que se persiga a los escuadrones de la muerte. Pero falta mucho en la propia formulación, cuanto más en la realización. Por lo que toca a la marcha de la guerra, hay que decir que todavía se lleva de modo inhumano y de modo no ajustado a los convenios internacionales: el hostigamiento permanente a la población civil con destrucción de sus casas y cosechas y con amenazas de su vida o de su libertad, los desplazamientos forzosos de esa población y, sobre todo, la acción militar indiscriminada que afecta de lleno y causa un gran número de bajas -véanse los artículos y documentación correspondiente en este mismo número de la revista- entre gente indefensa, justificadas a veces sin razón porque se las considera 'masas' ...muestran cuan lejos se está de alcanzar un nivel de humanización de la guerra aceptable; más aún, en algún sentido puede hablarse de empeoramiento, en cuanto la mayor parte de las víctimas civiles son hoy fruto de la guerra. En cuanto a los derechos humanos, no sólo hay que insistir una y otra vez en que siguen vigentes decretos que los limitan y facilitan su violación sino que siguen también prácticas institucionalizadas de violación de esos derechos en las capturas, torturas, asesinatos, presos políticos, etc. Todavía sobrepasa con creces el millar el número de asesinados, lo cual, si supone una rebaja anual considerable, considerada en relación con lo que ocurría en años pasados, es en sí mismo una cifra del todo intolerable. Ciertamente no son ya sus causantes los escuadrones de la muerte y se ha liberado de esta persecución represiva a ciertos sectores sociales con mayor capacidad de protesta y de denuncia; pero, so pretexto de la guerra y de impedir el apoyo popular a los alzados en ar



mas en el campo de batalla, la muerte sigue siendo la compañera inevitable de la vida de los pobres, especialmente de los campesinos. Si esto no fuera necesario para la continuación y la eficacia de la guerra, se dejaría también de lado, pero esto no ocurrirá mientras se piense que es necesario aterrorizar a quienes pueden ser refugio o recurso más o menos inmediato de los frentes revolucionarios. Por otro lado, los intentos reales de enjuiciar graves crímenes pasados y de fortalecer al poder judicial, no han dado todavía resultados positivos.

b) La pacificación es presentada en términos muy razonables por Duarte: "la paz es desesperadamente anhelada por el pueblo salvadoreño, pero la paz no significa la eliminación de aquellos con los que se mantiene el conflicto... La paz es la solución de ese conflicto por medio de la razón, y la razón, para que prevalezca, debe fundamentarse en el diálogo". El planteamiento y el propósito, así formulados, son del todo positivos. Como fue muy positivo el haber emprendido efectivamente el diálogo en La Palma, el haberlo continuado en Ayagualo y el haber reafirmado una y otra vez ante el pueblo salvadoreño y ante la comunidad internacional su voluntad de proseguirlo.

Este propósito, sin embargo, no se ha realizado de forma suficiente y satisfactoria. Lo fue en el lanzamiento de la propuesta ante las Naciones Unidas y en el primer encuentro de La Palma. Pero no lo ha sido después. No toda la responsabilidad es de Duarte. El proceso de diálogo/negociación tiene dificultades intrínsecas a las que distintas fuerzas sociales añaden otras nuevas. No es para nadie un secreto que altos jefes oficiales menos precian el diálogo como un juego de políticos que entorpece la marcha de



la guerra y que eventualmente puede poner en cuestión la estructura misma del ejército; ni es secreto tampoco que la gran empresa privada junto con su brazo político se opusiese al diálogo antes y después de Ayagualo. Pero estas dificultades, no sólo no han podido ser superadas por Duarte, sino que él mismo las ha aumentado. Tanto después de la reunión de Ayagualo como en el discurso del primero de junio, Duarte distorsiona los hechos por medio de una retórica que trata de justificar el fracaso, pero que le impide crear condiciones favorables para el diálogo. Decir que el diálogo es para los frentes puramente táctico e insincero es confundir la táctica con la sinceridad. Duarte arriesga más en el diálogo y en ese sentido son comprensibles sus cautelas, pero tiene una clara responsabilidad y por tanto está obligado a correr riesgos políticos, si es que realmente quiere favorecer al pueblo y no simplemente mantenerse en el poder. Si, además, se pone a insultar a sus contrincantes a quienes llama terroristas, dedicados al engaño y a la perfidia, estará haciendo propaganda mitinesca o cuartelaria, pero no está favoreciendo el ambiente que propicie el diálogo y no está poniéndose a la altura que es exigible a un presidente de la república. Ciertamente tampoco el FMLN-FDR le da facilidades ni retóricas ni reales, pero esto debía presuponerse ya de antemano para plantear aquellas medidas audaces que obligaran a los frentes a definirse en los aspectos fundamentales del diálogo.

Parecidos comentarios deben hacerse de la posición salvadoreña ante el proceso de Contadora. Es Estados Unidos, bajo distintos pretextos, quien mayores impedimentos ha puesto a Contadora. Dice sí a la fachada de Contadora, pero dice no a la puesta en marcha de aquellos mecanismos efectivos,



que parecieron suficientes a México, Colombia, Venezuela, Panamá y Nicaragua, pero que no parecieron suficientes a Estados Unidos y consiguientemente a El Salvador, Honduras y Costa Rica. Y es que, si se afirma de entrada que Nicaragua es el cáncer de Centroamérica y se sostiene, como lo hace Duarte, que "allí está el centro de operaciones donde enseñan, deciden y ordenan las acciones terroristas contra El Salvador", se está repitiendo lo ordenado por Reagan y se está cometiendo un doble equívoco: el tomar la parte por el todo y el confundir lo que eventualmente se pudiera haber hecho en Nicaragua con lo que hace realmente Nicaragua. Más objetivo sería acusar a Honduras de intervencionismo armado en Nicaragua, por cuanto evidentemente se lanzan ataques militares y terroristas desde su territorio y con su complicidad. Mientras se siga manteniendo que la guerra le ha sido impuesta a El Salvador con la ayuda y patrocinio de los gobiernos marxistas de Rusia (sic), Cuba y Nicaragua, difícilmente se encontrarán caminos reales hacia la paz en El Salvador y en Centroamérica.

Duarte no ha respondido adecuadamente este año a su proclamado propósito de pacificación. En lugar de promover la paz por medio de la razón y del diálogo, la ha buscado principalmente por la eliminación de aquellos con quienes se da el conflicto.

c) La democratización, pretendida por Duarte, se fundamenta en la participación masiva del pueblo en las cuatro pasadas elecciones y en que la Fuerza Armada se ha convertido en bastión del sistema democrático y en factor decisivo de apoyo al gobierno legítimamente constituido. Esto habría sido reconocido por los gobiernos democráticos y aun por los 'terroristas', que



..

se habrían visto obligados a dirigirse oficialmente a la Asamblea Legislativa.

Si por democratización se entiende la participación popular en elecciones no fraudulentas, y respeto de sus resultados, puede decirse que en este punto es donde Duarte y Estados Unidos pueden presentar mejores credenciales. Pero sin llevarse por eso a engaño. Ha habido ciertamente un paulatino mejoramiento en los procesos electorales, aunque todavía dejan mucho que desear, sobre todo porque no es posible la participación en ellas de fuerzas más a la izquierda que la democracia cristiana, dado el carácter de guerra civil que ha tomado el conflicto salvadoreño. Un país en guerra civil, un país amordazado por el estado de sitio, un país aterrorizado por el asesinato de cincuenta mil ciudadanos, número que aumenta cada año, no es un país en que las elecciones puedan tener un significado plenamente de mocrático. Si, además, esas elecciones no dan a los elegidos más que una modesta cuota de poder, menos aún podrá hablarse de una democratización satisfactoria. Aglo es, incluso algo importante por lo que tiene de tendencia, pero no es suficiente.

Lo mismo debe decirse del apoyo de los militares y de su subordinación al orden democrático. También en este punto se ha avanzado algo. En la crisis tras las elecciones de 1984 respaldaron los resultados, entre otras razones por la presión de la embajada norteamericana y por la torpeza de ARENA y PCN que acusaron al ejército de haber favorecido el fraude electoral. Pero todavía no se ha puesto a prueba este apoyo democrático de los militares al orden constitucional. Es un camino por el que el presidente Duarte



..

avanza todavía con enorme cautela y con toda suerte de concesiones tanto verbales como efectivas. ¿Sería capaz de hacer Duarte lo que ha hecho Alfonsín en Argentina frente a los militares responsables o presuntos responsables de las masivas violaciones de los derechos humanos en años anteriores?

Pero es que, además, la democratización implica mucho más que eso. Implica, desde luego, participación, punto sobre el que inmediatamente volveremos. Pero implica también derogación de todos aquellos decretos y todas aquellas prácticas que impiden a los ciudadanos el disfrute de sus derechos constitucionales. Y en esto estamos todavía muy lejos de lo que pudieran estimarse metas mínimamente razonables.

d) La participación es propuesta como un avance democratizador en el discurso de Duarte. Como prueba de ella se alude al 'pacto social', cuyos resultados no se enumeran. En cambio, el discurso se centra en denuncias al movimiento sindical y a las huelgas "que pretextando exigencias laborales, tienen un trasfondo de indiscutible tendencia política", pues estarían en dependencia de consignas e intereses del FMLN.

Es éste un punto crucial donde el propio Duarte reconoce implícitamente más fracasos que éxitos. El pacto social con UPD no ha traído nada serio en la línea de la participación y la propia UPD se está cuarteando, porque es difícil para ella representar los intereses de campesinos y obreros, si es que ha de apoyar la política del gobierno democristiano, poco favorecedora del diálogo, de la segunda fase de la reforma agraria y de los inte



..

reses económicos de los cooperativistas y de las mayorías populares, con mucha menor fuerza de presión que las minorías empresariales. Pero el fra caso va más allá todavía. Se reconoce que en las últimas huelgas, que han afectado sobre todo al sector público, hay una tendencia política, que se rechaza, a pesar de ser una forma legítima de participación. No es posible separar lo económico de lo político. Pero es que, además, se acepta que miles de trabajadores, los más concientizados del país, se hacen eco de los propósitos del FMLN, con lo cual se admite que los frentes revolucionarios tienen acogida entre los sindicalistas, quienes en consecuencia mostrarían tener de los frentes distinto juicio del que tiene el presiden te. ¿Son tan insensatos los sindicalistas como para aliarse con sus enemi gos o es que esos presuntos enemigos no lo son de los sindicalistas? ¿Es que se pretende evitar la presencia no violenta de los frentes en la mar cha social y política del país? Mal camino para fomentar la participación. Más bien habría de reconocerse que el enfoque político del gobierno para resolver los problemas económicos no son del agrado de quienes sufren las dificultades económicas en mayor grado.

Y es que habiendo una gran participación del empresariado salvadoreño en la conducción económica del país, no la hay de los trabajadores. Caficultores, algodoneros y cañeros tienen capacidad de constituirse en grupos de presión, como se constituyen en grupos de presión industriales y empresarios. Esos empresarios y los intereses que representan operan además a través de los medios de comunicación que están plenamente a su servicio en su gran mayoría. Lo cual no ocurre con los sindicatos, gremios, cooperati vistas, etc., que debieran constituirse en copartícipes de la gestión polí tica nacional, cada uno de ellos conforme a su propia especificidad. Se



trata de intereses contrapuestos en una sociedad muy conflictiva en razón de su estructuración participativa injusta, que hace muy difícil la participación efectiva de las mayorías populares.

Uno de los puntos esenciales de participación sería el diálogo nacional, que está lejos de darse. Todos los salvadoreños, a través de sus múltiples representaciones, tienen derecho a participar en la solución del conflicto nacional. El diálogo, tal como ha sido planteado, permite la participación de la parte gubernamental y de la antigubernamental; son los partícipes principales respecto de la guerra. Pero ese diálogo ha de ser ampliado, porque los actualmente participantes en él ni representan todos los puntos de vista ni tienen la exclusiva de la solución.

e) La reactivación económica es propuesta en el discurso presidencial como otro avance. El actual gobierno pretendería ante todo crear nuevas fuentes de trabajo para los miles de desempleados y mantener los niveles de empleo para los que hoy lo tienen. En esta línea Duarte considera muy importante la concesión de 600 millones de colones a la caficultura, con los que se piensa dar trabajo a más de 300,000 ciudadanos, a lo que se añadirían medidas similares en favor de algodoneros y cañeros. Asimismo se habría favorecido a los cerealeros con líneas de crédito que superan los 500 millones de colones. Afirma que la reforma agraria sigue su proceso de consolidación pero como prueba de ello sólo aporta el que se han pagado 38 millones de colones a expropietarios, mientras que el ISTA ha entregado 28 haciendas a igual número de cooperativas. Durante el mes de julio de 1984 se incrementó en 130 colones mensuales los salarios de 149,000 servidores públicos y se aumentaron otras prestaciones. Se ha procurado, además, estabilizar los



precios y se ha prestado atención especial al sector no-formal de la economía. Ya recogimos en páginas anteriores las palabras pesimistas del embajador norteamericano sobre la economía de El Salvador. El artículo que dedicamos en este número de la revista al problema económico muestra no sólo lo mal que va la economía sino cómo sus peores consecuencias recaen sobre quienes menos tienen, sobre los sectores con menos recursos que son la mayor parte de la población. A pesar de la generosa ayuda norteamericana, contrarrestada por los efectos negativos de la ayuda militar y de las acciones del FMLN, la situación económica del país se va adentrando en un futuro cada vez más negro, no obstante alguna estimación más optimista sobre el producto nacional bruto. Empezamos a entrar por la vía del deslizamiento a una devaluación real del colón y a un aumento cada vez más rápido en las alzas incluso de los productos básicos. Las dificultades económicas no son exclusivas de El Salvador y la situación de nuestros vecinos es buena prueba de ello. Por ello las posibilidades gubernamentales de empezar a superar la crisis, sobre todo si sigue la guerra, son prácticamente nulas, y los remedios superficiales no hacen sino aumentar nuestra dependencia del exterior. Por otro lado, la relativa tranquilidad concedida por los sectores empresariales en los últimos meses al gobierno de Duarte y la correlativa creciente intranquilidad de los sectores laborales, sirve de índice de hacia dónde se está dirigiendo el provecho inmediato de la reactivación económica. Se estaría privilegiando el apoyo político de los sectores empresariales sobre el apoyo político de los sectores populares, cuando fueron aquellos los que adversaron el triunfo electoral democristiano y éstos los que lo favorecieron. No sólo va mal la economía en



cuanto no puede mejorar la situación de las mayorías populares sino que se busca en la reactivación de la economía más tradicional el camino mejor para mejorar la situación. Lo cual, aunque tuviera algunos resultados, a corto plazo, sería echar por tierra definitivamente lo que había de propósito fundamental en las reformas estructurales, que cada vez quedan más olvidadas.

Tenemos así que entre los propósitos del gobierno democristiano y sus realizaciones en el primer año, hay una gran brecha. No sólo eso. Los propósitos mismos no están bien trazados ni menos están expuestas las estrategias para llevarlos a cabo; las realizaciones dejan mucho que desear; pero, sobre todo, se descubren tendencias que van contra los propósitos mismos, de forma que éstos tienden a aparecer como cobertura ideologizada más que como objetivo pretendido. Primaría por sobre todo la doble finalidad de llevar a cabo el plan del gran patrono norteamericano y de que el partido democristiano se asentara en el poder político del país. Esto se está logrando, como lo demuestra el creciente apoyo norteamericano y el apoyo popular en las últimas elecciones, por lo que lo principal para ellos se estaría consiguiendo, pero no lo que es fundamental para el pueblo salvadoreño.

3. Brecha entre las necesidades impostergables y las realizaciones

Decimos que ni siquiera los propósitos son suficientes o están suficientemente bien planteados. Hay necesidades en el país que son de todo punto impostergables y que, sin embargo, cada vez aparecen como más alejada su satisfacción. Es impostergable la humanización de la guerra tanto en lo



que toca a los operativos militares como a las acciones de los cuerpos de seguridad; es impostergable una mejora definitiva y consolidada en el respeto de los derechos humanos y en la seguridad de que no se regresará a las prácticas del pasado reciente; es impostergable la consolidación de una apertura democrática que permita defender sus intereses a las clases más necesitadas, especialmente a los obreros y campesinos; es impostergable alcanzar aquellas medidas económicas que contengan el deterioro del poder adquisitivo respecto de los bienes básicos y proyectar a mediano plazo una economía que fortalezca la participación y el poder de las clases mayoritarias; es impostergable tener un plan efectivo y una organización eficaz que afronte el problema de los desplazados, que son casi una quinta parte de la población y que consiguientemente representan un eje fundamental en la reorganización social presente y futura.

Todo esto es impostergable y lo obtenido respecto de ello en este primer año de gestión presidencial no sólo es insatisfactorio sino que presenta tendencias peligrosas. Pero hay dos puntos esenciales sobre los que es necesario insistir muy especialmente: el de la pacificación y el de la soberanía nacional. Están muy relacionados entre sí y son de una gravedad y urgencia, cuya importancia es difícil de exagerar.

La pacificación del país implica en primer lugar el final de la guerra. El interés nacional exige sobre todas las cosas por múltiples razones, el encontrar lo más pronto posible un final justo a la guerra. La guerra, lejos de amainar, se acrecienta; la guerra, lejos de acercarse a su fin, se pronostica cada vez como más prolongada. El optimismo creciente de los militares se funda en que ahora son más fuertes, pero no en que hayan conse-



..

guido ningún triunfo significativo sobre sus adversarios; esto es, implica el endurecimiento de la guerra y su prolongación, pero de ninguna manera su finalización. Vienen muy de atrás y les parece que han avanzado mucho, pero esto no es ninguna esperanza que permita avizorar el final armado del conflicto. Nadie se atreve a dar una fecha como final probable del conflicto y el FMLN, en lugar de verse acorralado o disminuido, anuncia, y en parte ya ha comenzado, la ampliación de su campo de operaciones a todo el territorio nacional. El permitir que esto ocurra será una gran responsabilidad de los actuales gobernantes salvadoreños. La prolongación y el endurecimiento puede tenerles sin cuidado a los gobernantes norteamericanos, pero es cuestión de vida o muerte para el pueblo salvadoreño. No es posible ni conveniente a corto plazo un triunfo militar y lo que El Salvador necesita a todo trance es el final de la guerra al más corto plazo posible.

El presidente Duarte ha dicho con audacia y precisión que el final del conflicto debe buscarse racionalmente por la vía del diálogo. Efectivamente, la pacificación del país implica terminar la guerra por la vía del diálogo. El diálogo es una necesidad histórica impostergable. Además de ser una necesidad es una urgencia. Ahora bien, el plan norteamericano que favorece la guerra no favorece el diálogo; favorece, si se quiere, el diálogo en cuanto éste permite hacer la guerra del modo más conveniente para los intereses norteamericanos. Y esto es lo que dificulta sobremanera el que se avance en el proceso del diálogo. Ciertamente los frentes tienen también responsabilidad en no promover suficientemente el diálogo y en no facilitarle su prosecución a Duarte. Pero no es éste el punto que ahora nos ocupa. Lo que ahora nos preocupa es que Duarte no ha logrado durante



este año superar las graves dificultades que amenazan convertir el diálogo en un pretexto más para seguir haciendo la guerra. Las posibilidades del diálogo no están agotadas, pero están a punto de quedar empantanadas. La pacificación exige la revitalización audaz del diálogo. Lo que fue posible en las Naciones Unidas y en La Palma debe serlo de nuevo. Es cierto que los frentes buscan el fracaso de Duarte, pero esto es por cuanto Duarte se ha constituido en el gerente del proyecto norteamericano. Si Duarte se convierte en autor y agente de un proyecto salvadoreño, lo más probable es que sea más fácil el encuentro con los revolucionarios.

Esto nos lleva al segundo punto esencial: la recuperación de la soberanía nacional. La prolongación de la guerra no sólo lleva a una creciente militarización del país sino a un abandono cada vez más grave de la soberanía nacional. Estados Unidos paga una buena parte de los gastos de la guerra, proporciona una sustancial ayuda económica y protege interna e internacionalmente al gobierno de Duarte. Nada de esto lo hace gratuitamente. No es exagerado decir que El Salvador es hoy el país latinoamericano más obsesivo con Estados Unidos no sólo en los problemas internos de El Salvador sino en los intereses todos de la política internacional norteamericana. El Salvador, en particular, se ha convertido en el eje principal de la política estadounidense para Centroamérica, al haber convertido nuestro país en la contraparte simétrica de Nicaragua, después de haber desechado la opción de Honduras por su inferior estado de desarrollo. Sometido El Salvador, queda controlada militar y políticamente Centroamérica. Esta total sumisión se refleja en casos como el apoyo al embargo norteamericano decretado por Reagan contra Nicaragua, como la justificación de la ayuda mili-



tar a los contras aun en sus actos de terrorismo, incluso cuando no era éste el sentir del congreso norteamericano. Igualmente en la cuestión de Contadora El Salvador representa el más cualificado expositor de los intereses yanquis. Como acaba de expresarlo el embajador saliente de Estados Unidos, Thomas R. Pickering: "I have appreciated the opportunity of working with President Duarte and I've been very happy with that. Obviously all the times have not been smooth, but most of the times we have worked together, I have felt a great sense of cooperation on his part" (Newsweek, Junes 24, 1985, p. 48). Ese gran sentido de cooperación con el embajador norteamericano se refiere a puntos esenciales como la marcha de la guerra, los límites del diálogo, la colaboración con la empresa privada, el no hostigamiento a los militares en la cuestión de los derechos humanos, la desaceleración de la reforma agraria, el repudio del FMLN como opción aceptable para Estados Unidos..., en definitiva, todo aquello que favorece el proyecto norteamericano para El Salvador.

Fueran coincidentes los intereses salvadoreños con los intereses norteamericanos y todavía estaría injustificada la sumisión de nuestro país. Pero es que los intereses salvadoreños no son ni pueden ser los intereses norteamericanos. Hay oposición entre los intereses del primer mundo y los del tercer mundo. Tras la palabra democracia y tras la de derechos humanos hay sentidos muy diversos, cuya jerarquización es distinta en quien tiene resueltas las necesidades básicas y vive en el consumismo más desatado y en quien las necesidades básicas son todavía su cuestión fundamental y apremiante; en quien tiene el poder hegemónico y en quien está completamente sometido a él. Los intereses de El Salvador no pueden coincidir con los



de ninguno de los dos imperios y quedan triturados cuando se los pone como gozne de la confrontación entre ellos, que es lo que está ocurriendo en nuestro caso por decisión de la administración Reagan que pretende tener en El Salvador una resonante victoria contra lo que llama el expansionismo soviético. En consecuencia, si hay coincidencias fundamentales entre la política norteamericana y la política de Duarte, ha de concluirse que hay una subordinación y no una coordinación y esto en función de unos intereses norteamericanos que ni siquiera son los que estiman como justos gran parte del pueblo y de los congresistas de Estados Unidos.

4. Balance Final.

Tras estos análisis podemos resumir lo que de positivo y negativo puede encontrarse en este primer año de presidencia, ateniéndonos sólo a lo más principal. Duarte puede afirmar que va mejor la guerra en el sentido de que, lejos de ser derrotado su ejército, éste se va consolidando; puede afirmar que alcanzó una mayoría absoluta tanto en las elecciones presidenciales como en las legislativas y municipales, en lo que puede verse un importante respaldo popular; puede afirmar que ha calmado a la extrema derecha económica, política y militar, de tal forma que desde ella no es ahora desestabilizado como anteriormente; puede afirmar que ha mejorado notablemente la imagen internacional del gobierno salvadoreño de modo que son cada vez más los países democráticos dispuestos a colaborar activamente con el desarrollo económico y político de El Salvador; puede afirmar una cierta mejora cuantitativa en la cuestión de los derechos humanos, debida en parte a un mayor control indirecto de los escuadrones de la muerte y a una cierta mejora en el comportamiento de los cuerpos de seguridad. Todo ello,



..

tomado en su conjunto, no parece ser poco y, aunque es resultado en parte del proceso que arranca de las elecciones de 1982, proceso controlado por Estados Unidos, se ha ido consolidando más y más en estos doce meses de go bierno democristiano.

Pero si esto se puede poner en su haber, hay también mucho que poner en su debe. La guerra y, más en general, la solución militar violenta sigue constituyendo el eje principal de la política norteamericano-democris tiana y, lejos de ofrecer una salida razonable a corta distancia, va empeorando básicamente toda la estructura social; con la prolongación y profundiza ción de la guerra se sigue militarizando el país y se imposibilita cual quier solución a los problemas económicos y sociológicos. La situación de los derechos humanos sigue siendo impropia de un país civilizado y de mocrático al mostrar cifras altísimas de muertos civiles, que son resulta do no sólo de acciones militares incontroladas sino fruto del propósito bien definido de aterrorizar a la población para que no dé ninguna suerte de respaldo a los revolucionarios; quedan asimismo casos en que los cuer pos de seguridad se comportan fuera de la ley, a pesar de que ésta les per mite excepciones que van en contra de las cautelas imprescindibles para evitar violaciones de los derechos humanos. La solución del problema na cional por la vía del diálogo ha sido hasta el momento ineficaz y lo que es peor ha empezado a devaluarse tanto por ponerla al servicio de la gue rra más que de la paz como por empantanarla en cuestiones de principio y de procedimiento. La solución del problema centroamericano se ha dificul tado asimismo tanto por los frenos puestos a Contadora como por la retóri ca contra Nicaragua que no parece ser sino el eco de la retórica reaganis ta. Las necesidades básicas de las mayorías populares son cada vez más di



..

fíciles de satisfacer con el alza imparable de los precios y la pérdida de puestos de trabajo, todo ello debido principalmente a una economía de guerra que destruye mucho más de lo que reconstruye. Un mayor ámbito para la consecuente protesta sindical y para la movilización popular, elemento en sí muy positivo, empieza a ser amenazado so pretexto de que es promovido por los frentes revolucionarios.

Con todo este déficit, en parte heredado y en parte acrecentado, no es difícil de comprender la serie de acontecimientos que se han desatado tras el primer año de la presidencia de Duarte. Un día después de su discurso ante la asamblea y dos días después del discurso de Pickering, los cuerpos de seguridad tomaban al asalto y con lujo de violencia el hospital del seguro social con la disculpa de una huelga declarada ilegal festinadamente. Pocos días después, hombres fuertemente armados, vestidos de civil, asaltaban, como en el pasado, las oficinas de la Comisión de Derechos Humanos. Sin terminar la primera quincena de junio se lanzaba otro fortísimo e ineficaz operativo militar contra Morazán con las mismas tácticas de bombardeos indiscriminados. Ante el ataque terrorista a una zona capitalista de diversión en el que son asesinados cuatro marines norteamericanos y otros siete civiles, se desata una campaña histérica, como respuesta al enojo y a las exigencias de Reagan, que sólo habla de terrorismo cuando es de su conveniencia. El nuevo año de la presidencia de Duarte ponía en marcha un nuevo ministerio, dedicado principalmente a la propaganda entendida como lucha ideológica, que no se atiene a las normas de objetividad y respeto de los demás que son exigibles a un ministerio democrático.

A nadie se le oculta lo enormemente difícil que es la situación salvadore-



ña. No hay soluciones mágicas para ella, sobre todo si no es el mismo quien gobierna y quien manda. Aunque hubiera un gran consenso nacional en lo que se puede y se quiere hacer, las dificultades serían gigantescas. Cuanto más en nuestro caso en que el gobierno disiente con los frentes revolucionarios y con el gran capital sobre lo que se debe hacer. Parecería, sin embargo, que puede encontrarse un cierto punto de coincidencia, cifrada en el cese de la intervención extranjera de un color o de otro y en la búsqueda de un mayor bienestar para las mayorías populares. Si se pone por delante de todo otro bien o propósito, lo que es bueno para la nación entera y se entiende lo que es bueno para la nación entera desde lo que es lo mejor para las mayorías populares, se estaría en suelo firme para empezar a caminar. Hoy estamos muy lejos de este ideal. Dícese que la política es el arte de lo posible, pero, si lo posible es más negativo que positivo, entonces triste es el sino de los políticos. Y peligrosísimo es el argumento de que otros lo harían peor. Con este argumento la tolerancia puede llevarnos a situaciones como las de 1980-1982, que Duarte conoce demasiado bien. No puede decirse que de entonces acá no se haya avanzado en la suavización de un régimen de terror, respaldado por la extrema derecha y en definitiva por el estado. Pero todavía, más allá de las formalidades democráticas, poco se ha hecho para sobrepasar la etapa del más grave conflicto que el país ha tenido en toda su historia y muy poco para erradicar las causas seculares del mismo.

Un año no es suficiente para hacer nada de importancia. No puede decirse, por tanto, que Duarte haya fracasado. Pero, si no se consolida lo bueno que ha conseguido y, sobre todo, no se acaba con lo malo que sigue vigente



y que hemos apuntado en páginas anteriores, la presidencia de Duarte será un fracaso. Supondrá, una vez más, una esperanza defraudada y, lo que es peor, más y más sufrimiento para la mayor y mejor parte del pueblo salvadoreño.

Junio 30, de 1985.

